

Conferência

Poder simbólico y relato de la historia¹

León Pomer^{*}

En la oculta desnudez de su núcleo duro el poder lo sabe: la sola violencia física tiene corto alcance. Lejos en el tiempo, pensadores que aun nos enseñan, sabían que para dar consistencia al poder y asegurar el equilibrio de la sociedad que lo sustenta era necesaria la conquista plena de las subjetividades. Había que modelarlas, impedir que emprendieran vuelos autónomos; era necesario diferenciar el papel de los estratos sociales, instalar en ellos los valores, los mitos, los saberes inherentes a su función en la sociedad.

Hace unos 2.400 años lo enseñaba Platón. En *La república* censuraba a Hesíodo y Homero por haber contado fábulas que denigraban a los dioses. Aun cuando verdaderas, decía, era preciso evitar el daño provocado por las denigraciones cuando relatadas a “seres desprovistos de razón, cual son los niños”. Era preferible sepultar las fábulas en el silencio, o limitarse a hablarlas frente a auditores calificados para no hacer mal uso de ellas. Platón no acusaba de mentirosos a los citados autores, los mayores del patrimonio

cultural griego de aquel tiempo. Sugería que apenas unos pocos auditores sabrían asimilar la verdad, sin por ello erigirse en enemigos de la sociedad.

Es de enorme importancia, agregaba Platón, que las primeras nociones que escuche el niño sean fábulas imaginadas para conducirlo a la virtud. Y en este caso, la virtud consistía en no poner en duda la constitución de la sociedad ateniense, con sus esclavos y sus hombres libres, con las mujeres y los extranjeros excluidos de los negocios públicos. Aquel gigante del pensamiento postulaba una pedagogía para modelar las subjetividades, para reducirlas a una mansa conformidad con lo existente.

^{*} Doutor em História. Docente da Universidad de Buenos Aires, autor de inúmeros livros e artigos, recentemente foi agraciado com o Prêmio Arturo Jauretche a la Trayectoria, outorgado pelo Instituto de Enseñanza Superior Dr. Arturo Jauretche de la Provincia de Buenos Aires.

¹ Conferência magistral do Dr. León Pomer, proferida na abertura do I Congresso de História Regional, em Passo Fundo, em 28 de setembro de 2011, Programa de Pós-Graduação em História da UPF.

Platón se hubiera enojado con Maquiavelo, cuando siglos más tarde, en sus *Comentarios sobre la primera década de Tito Livio*, este se atrevía a escribir: “Los pecados de los pueblos nacen de los príncipes.” Platón no hubiera aprobado esta frase, aunque la supiera verdadera. Los príncipes o sus sucedáneos, los de entonces y los de hoy ocultaron (lo siguen haciendo) su condición pecadora, esa que contamina a los pueblos con tóxicos culturales e induce a confusiones, errores, apreciaciones injustas sobre temas tales como la historiografía que atañe a la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay, a que en seguida aludiré.

Para la entera conquista de las subjetividades, para lograr de ellas una adhesión no necesariamente conciente, siempre el poder precisó conducir las percepciones, orientar las sensibilidades, dotar al pensamiento con un instrumental de categorías clasificatorias idóneas para ser estructurantes de la subjetividad. Dotar de esquemas al pensamiento, decía Pierre Bourdieu. Y Clifford Geertz completaba: la cultura desde la que pensamos está constituida como una serie de mecanismos de control, o programas extra-genéticos: no están en nuestra biología, los adquirimos. Programas-esquemas que encaminan nuestra acción, nuestra mínima o mayúscula, prominente o insignificante acción en el devenir del avatar histórico en que estamos insertos.

Escribía Hegel que “en la historia universal y mediante las acciones de los hombres, surge algo más que lo que ellos se proponen y alcanzar, algo más de lo que

ellos saben y quieren inmediatamente. Los hombres satisfacen su interés; pero al hacerlo, producen algo más que está en lo que hacen, pero que no estaba en su conciencia ni en su intención”. Hegel declaraba que esas acciones producen lo universal. Nosotros diremos que ese “algo más” que producen las acciones, que no está en la conciencia ni en la intención pero ha sido entronizado en la subjetividad, deviene reproducción del sistema de dominación. Será el resultado del uso recurrente de estereotipos verbales, conceptuales, frases hechas, visiones preconcebidas, asociaciones no meditadas: todo inextricablemente asociado a precisas modalidades emocionales; será también la automatización de actos físicos y mentales que excluyen la deliberación autónoma.

Anota Bourdieu que el simbólico “es un poder de construcción de la realidad que tiende a establecer un orden de conocimiento”, lo que equivale a decir que entraña una epistemología, una teoría del conocer y el desconocer, una suerte de saber y no saber, una memoria y una desmemoria. La manera y el conducto de acceso a la realidad produce un sentido del mundo: naturaliza lo existente. El poder tiene variados recursos. El eminente antropo-lingüista Edward Sapir enseñaba que siendo el habla “una de las variables más importantes que median entre el individuo y la conducta [...] la forma lingüística es un condicionante poderoso de lo que se aprende y el cómo se aprende”.

Gregory Bateson corroboraba con esa visión: “[...] hablar una lengua es comparar una epistemología subyacente, o sea

una verdadera teoría y práctica del conocimiento.” Y agregaba con rotundidad: “[...] hay una elección que precede a nuestras elecciones.” En la lengua que hablamos y en que pensamos, concuerdan Sapir y Bateson, hay estructuras que literalmente nos piensan, estructuras subyacentes socialmente adquiridas. La tendenciosa imagen de lo real que construye el poder simbólico lo propone grávido de sentido. Esa nada inocente atribución es el producto intelectual de una manera histórica de las relaciones humanas que no puede revelar su verdad: mal incurable de todo sistema de dominación. Debe mostrarse con artimañas y engañosos rostros para seducir y consolar, para instalar su propósito mayúsculo: la esencial conformidad.

Sea cual haya sido el nicho vital y específico en que se ha formado nuestra historia personal, inscripto en la amplia totalidad social, así serán las estructuras que hemos adquiridos por el mero hecho de frecuentar una lengua. Desde las más remotas sociedades verticalmente estratificadas la cultura que genera el poder para perpetuarse como dominación introduce en el lenguaje formas estereotipadas de pensamiento, de percepción y de sentimiento. Un procedimiento habitual reside en la imposición de “sistemas de clasificación y estructuras mentales objetivamente ajustadas a las estructuras sociales”, observa Bourdieu; y recuerda que Durkheim hablaba de “las formas de clasificación” con las cuales construimos el mundo. Palabras que en el diccionario lucen portadoras de inocencia, acaso dotadas de una cierta sujeción poética, cuando organizadas para

decir la realidad devienen organizadoras de una visión de mundo, una manera de vivirlo y de juzgarlo: “[...] el lenguaje es un enorme depósito de construcciones naturalizadas” que repetimos mecánicamente. Esa implacable recurrencia es el fundamento de nuestras prácticas, a comenzar por las que hacen a la relación con el Otro.

Las categorías clasificatorias inscriptas en la lengua son afectas a las oposiciones binarias: proponen una realidad de pseudo antagonismos, de polaridades inconciliables. Las categorías clasificatorias, antiguas como la misma humanidad, son instrumentos primordiales. Clasificar es establecer un orden, establecer jerarquías, suscitar una cierta temperatura emocional. En sociedades verticalmente estratificadas jerarquías y orden no pecan de inocentes. Y así disimulan/ocultan, distraen de los enfrentamientos y contradicciones que realmente atraviesan, recortan y dividen esas sociedades. Se intenta que los verdaderos antagonismos pasen a un plano secundario detrás del telón de las falsas oposiciones. Las categorías bipolares no devienen de la atribuida naturaleza de las cosas, de la índole o el color de las personas. Pero habitan el habla cotidiana, imponen persuasiones.

La palabra no se limita a designar, persuade. Veamos algunos ejemplos: puro/impuro, bárbaro/civilizado, alto/bajo, arriba/abajo, duro/blando, derecha/izquierda, negro/blanco, culto/inculto, claro/oscuro etc. Las bipolaridades esquematizan sin matices, pero jerarquizan: lo blanco está por encima de lo negro, la barbarie por debajo de la civilización. La pureza es ex-

celsa, lo impuro es lo adulterado. La eficacia de las bipolaridades reside en su rotundidad, en los significados que cargan, en la fácil simplificación de la realidad. De ahí que instalan con extrema solidez puntos de vista, condenas y absoluciones, estigmas y elogios. Son esquemas inscriptos “en lo más íntimo de los cuerpos”, escribe Bourdieu. Nada tienen que ver con lo biológico, pero su repetición irreflexiva crea la sensación que lo fueran. Los neurólogos sostienen que las recurrencias se automatizan en el cerebro bajo la guía de específicos circuitos neurales construidos por las recurrencias. Prodigio del cerebro. Economía de esfuerzo que se vuelve contra el sujeto que se mueve en el universo de las prácticas y los valores de la dominación: universo de los nada inocentes aunque inmateriales (letales) objetos simbólicos vehiculados en la sociedad verticalmente estratificada para servir de fundamento a la cultura social. Lo que importa es que esta, con la suma potenciada de los productos que la integran, se convierta en la lente que se interpone entre el sujeto y la realidad, que da forma y color a lo que ve y percibe y toca a su ser sensible.

Cuando para entender el mundo, aplicamos “unos esquemas, prosigue Bourdieu, que son el producto de la dominación”, es obvio, debemos agregar, que renegamos sin saberlo de un pensamiento autónomo. Porque los “pensamientos y sus percepciones están estructurados de acuerdo con las propias estructuras de la relación de dominación que se les ha impuesto”. Agregaré que cuando el sentido de las palabras predomina sobre su estricto significado de dic-

cionario, es porque han sido socio-culturalmente dotadas para producir o despertar en la conciencia una serie de interesados eventos psicológicos. Las palabras no sólo señalan objetos: poseen campos de significación, comportan asociaciones, producen resonancias emocionales. Sapir explicaba que las leyes que estructuran nuestros discursos escapan parcial o totalmente a la aprehensión de los hablantes, en consecuencia están menos expuestas a la acción de lo que él llamaba de “perturbadora”: las racionalizaciones que no cesan de modificar y remodelar los otros dominios de la cultura. Mucho de ese antiguo acervo se ha modificado; no poco persiste con el agregado de productos más recientes: la cultura del poder sabe renovar su aspecto, no su entraña. Desde los antiguos griegos, la cultura euro-occidental (otro capítulo son las culturas orientales) dividió a la especie humana en bárbaros y civilizados, los primeros una suerte de sub-humanidad, los segundos categorizados como de humanidad entera.

En la vida cotidiana cae sobre nosotros una persistente garúa cuando no desatado temporal de infinitas imágenes y palabras: nos hablan y nos muestran, nos sugieren y susurran, intentan seducirnos, nos halagan, asustan, confortan, informan y desinforman, nos proponen significados que casi siempre acabamos aceptando. Significados que están ahí, que se repiten con brutal insistencia: los tomamos, se hacen sentido común.

Estamos rodeados de fetiches. El fetichismo que cargan las palabras y las imágenes, maneras conspicuas del poder

simbólico, nos distraen y alejan de las verdades duras, no nos curan de los padeceres de la vida. Una puesta en escena. Debord escribía que el espectáculo concentra todas las miradas, y al hacerlo las aparta de lo otro, de lo que no lo es. El espectáculo, agregaba, es afirmación de toda vida humana como simple apariencia. Y podríamos agregar: es hacer de la apariencia la realidad de la vida. Bourdieu alertaba a propósito del poder simbólico: “[...] es necesario saber descubrirlo donde menos se deja ver, donde es más completamente ignorado y por lo tanto menos reconocido”; y creo poder decir que si ruidoso y omnipresente, deslumbrante a veces, mostrando mil caras diferentes, “es un poder invisible –retomo a Bourdieu– que sólo puede ser ejercido con la complicidad de aquellos que no quieren saber que le están subordinados o que lo ejercen”.

Lo notable del poder simbólico, su enorme contrasentido, su deslumbrante si que siniestra paradoja, reside en que su ejercicio y reproducción, no por cierto su gestación, está confiado a sus víctimas, a quienes lo vehiculan y consumen: sus sometidos y dominados son quienes tienen en sus manos (en verdad en su cerebro) las armas del sometimiento que manejan contra sí mismos y con que agreden su autonomía de pensamiento. Se entiende que el poder simbólico oculte sus astucias y multiplique sus máscaras.

Estamos inmersos en un denso tejido simbólico, en la propaganda y los mitos, en la lengua que hablamos, en el arte y las creencias tradicionales, en la ciencia, la religión y las supersticiones, en la publicidad. Todas estas, llamémoslas partes, o

aspectos que en distintas proporciones y medidas constituyen nuestro universo de consumo cotidiano. Cassirer anotaba: “[...] forman los diversos hilos que tejen la red simbólica” que nos envuelve de tal manera que el hombre “no puede enfrentarse ya con la realidad de un modo inmediato, no puede verla, como si dijéramos, cara a cara [...]”. Entre la realidad y nosotros existe la interposición de este mundo artificial, creado por el hombre”.

En el esfuerzo del poder desnudo, poder sin adjetivos, por adecentar su aspecto y afirmarse y prevalecer, y obtener los favores de las masas, el relato histórico adquirirá considerable relevancia. Fue fundamental en los comienzos de nuestros procesos nacionales; sigue importando. En nuestra América ex colonia ibérica será el primer instrumento en la construcción de la hegemonía cultural de una clase dominante; en el caso argentino, de una clase que se estaba gestando como tal. No es una invención de nuestra América: viene ocurriendo desde tiempos remotos, ocurre en todas las latitudes del planeta. La cultura creada para hegemonizar siempre debió funcionar como inmaterial tejido sobrepuesto a la realidad. El imaginario histórico/mítico/legendario, o apenas legendario y mítico, o puramente histórico, debía contribuir a través de una prolongada catequización laica, con eficaz apoyo práctico de la religión oficial, a que un determinado agregado humano diferenciado y heterogéneo construyera su identidad colectiva, se asumiera como unidad que subordina las diferencias y acepta las jerarquías que esa identidad comporta.

La función y propósito del imaginario histórico, mítico, legendario es variada y polivalente: consagra como hechos de la naturaleza las jerarquías y la verticalidad social, y en ese contexto acepta o propone que grupos sociales subalternos son padecedores de una lamentable inferioridad biológica. El teórico inglés Herbert Spencer (para dar un nombre que hizo época) tuvo devotos aprendices en estas tierras. Aun los tiene. El imaginario histórico invariablemente distingue entre el bien a la patria y el mal que debe ser castigado, entre el amor a aquella y el sacrificio que exige incluso al precio de la propia vida; indica los héroes y los propone como ejemplo, como valores comunes a todos los hombres, sea cual fuere su lugar en la sociedad, alecciona sobre lo social y patrióticamente aprobado y reprobado.

En nuestro continente, los Estados constituidos o en vías de constituirse habrán de organizar como parte relevante de sus imaginarios verdaderos Olimpos habitados por los personajes militares y civiles que el poder elegirá para proponer al entero conjunto nacional como valores comunes, ejemplos de heroísmo, dechado de virtudes patrióticas. Las figuras populares no entrarán en ese ámbito. Los pueblos serán trasfondos opacos, si acaso decoraciones de cartón pintado, gigantescos conglomerados humanos de vaga e incierta identidad. En torno del imaginario de héroes y patriotas y figuras soberbias y batallas heroicamente ganadas o deplorablemente perdidas, deberán juntarse en una unanimidad de admiración y respeto reverencial los que en la vida cotidiana antagonizan

y distan de prodigarse simpatías. El imaginario histórico nacional eliminará en el plano ideal las contradicciones reales.

La Guerra de la Triple Alianza permite observaciones desde varios ángulos, algunos escasamente frecuentados por los historiadores. Los poderes que la desataron se apresuraron a rodearla de un imaginario, primero liberal positivista, que llamaremos propagandístico preparatorio; en seguida será historia legitimadora de los triunfadores. Esta, y ahora quiero hablar de la Argentina, no ha cesado su tarea en todos los niveles de la enseñanza. Sus estrategias son la mención minimizadora o fragmentada, o la omisión deliberada. Sus adalides intelectuales la negación o ignorancia de la historiografía que contraría las versiones canónicas. Quien habla lo conoce en carne propia. Agregaré que cierta prensa, que prolonga ideológicamente, e incluso biológicamente, el linaje de los que triunfaron en la guerra de la Triple Alianza, no deja pasar oportunidad para atacar a quienes, por su investidura y la repercusión de su voz, se permiten reivindicar los personajes execrados. Cristina Kirchner lo sabe, como antes lo supo Juan Perón. El poder simbólico se muestra intransigente: su imaginario, sus héroes y personajes conspicuos son defendido contra viento y marea.

Un éxito del poder simbólico es el mantenimiento de nacionalismos historiográficos obtusos, que presentan y representan las empresas políticas y militares de las clases dominantes como de interés nacional, y por añadidura (es el caso de la guerra del Paraguay) como empresa civilizatoria. La historiografía que se despoja

de aquellas lentes ideológico fantasiosas que tiñen de extraños y falsos colores la realidad, declara y comprueba que más allá de la retórica patrioterica y civilizatoria existían intereses grupales materiales y culturales que distaban mucho de ser los del pueblo que habitaba la Argentina de entonces; intereses que no vacilaron en apoderarse de pedazos considerables del territorio paraguayo (169, 174 kms² entre las partes confiscadas por Argentina y Brasil): lo que restó, el Paraguay de hoy, entró de esa manera tullido, tuerto y cojo, en el sistema mundial. El empréstito que generosamente le otorgó Inglaterra al primer gobierno amparado por los triunfadores fue de 200.000 libras esterlinas, destinadas a pagar los gastos de guerra de los aliados. Las sucesivas refinanciaciones de ese dinero transformaron la deuda, sumando intereses, en 3.200.000 libras esterlinas. Las poblaciones que habitaban los espacios de la Argentina de aquel tiempo (una nación en ciernes, por eso no hablo de nación argentina) desnudaron varias verdades: reaccionaron contra la guerra desertando en masa, huyendo de las comisiones reclutadoras y provocando levantamientos armados que obligaron a retirar el ejército del frente de batalla y pasar de matar guaraníes a matar argentinos. En parte fue la oposición a la guerra contra los guaraníes; en parte oposición al flagelo de la milicia y la guerra. Esa gesta dio el título para mi libro *Cinco años de guerra civil en la Argentina: 1865-1870*. La historiografía de la versión canónica ignoró la magnitud de aquel conflicto interior que mató más gentes que el frente de batalla o lo colocó con la

mayor displicencia en el nivel de accidentes aislados producidos por bárbaros.

Siendo el propio pueblo el enemigo del proyecto global del grupo de poder (la oligarquía mercantil –terrateniente– financiera de Buenos Aires, ciudad y provincia) que provocó la guerra de la Triple Alianza, no se ahorró sangre de gauchos antes, durante y después de la guerra, porque al decir de una famosa frase que dirigió Sarmiento al presidente Mitre, era lo único humano que tenían. La guerra civil previa a la guerra y la que se prolongó en los cinco años de esta, y aun continuó más tarde con la sublevación de López Jordán en Entre Ríos, conoció episodios propios de la alta civilización que se estaba imponiendo. Un ejemplo de los nobles propósitos de los aliados, celosamente oculto por la literatura canónica, es el largo texto que el duque de Caxias envió el 18 de setiembre de 1867 al Emperador, en el cual se lee que el general Mitre “ha estado muy de acuerdo conmigo en todo, aun en cuanto los cadáveres coléricos se arrojarán en las aguas del Paraná, ya sea de la escuadra como de Itapirú, para llevar el contagio a las poblaciones ribereñas, principalmente de Corrientes, Entre Ríos y Santa Fé, que le son opuestas. El general Mitre también está convencido que deben exterminarse los restos de fuerzas argentinas que aun quedan, por de ellas no divisar sino peligros para su persona”. Los máximos jefes de los ejércitos de Argentina y Brasil, por iniciativa del primero, coincidían en matar argentinos mediante el recurso del cólera. El jefe argentino (hecho único probablemente en la guerra de todos los tiempos)

ansiaba exterminar su propio ejército. Quedando así revelada la catadura moral del liberalismo civilizador en los mandos de los principales aliados, fue necesario ocultar lo que acabó inocultable.

Una característica del ideario liberal, pero de origen mucho más antiguo, estaba representado (continúa estando) por las ideas preconcebidas, o aquellas que no derivaban o derivan del conocimiento o experiencia inmediata de la realidad sin prejuicios deformadores, sino de las premisas de una imaginación y un ideario en que la realidad asume formas y contenidos incongruentes con lo normal, civilizado, partidario del progreso. Las ideas preconcebidas siempre fueron y son hermanas siamesas de la autoatribuida superioridad euro-occidental. El señor Caxias, comandante en jefe del ejército brasileño, un soldado veterano, no pudo explicarse con los instrumentos de su pensar preconcebido los motivos auténticos de la increíble defensa que hizo el pueblo paraguayo de su país. Caxias llegó a atribuir a Solano López dotes sobrenaturales: la capacidad de embrujar a su pueblo, de imbuirlo de una voluntad ajena y de llevarlo a la muerte.

La visión preconcebida que el eminente militar, y otros como el señor Mitre, jefe del ejército reclutado por la fuerza en la Argentina, atribuían al pueblo guaraní la deplorable y disminuida condición humana a que aludimos más arriba. No había manera de explicar aquella resistencia, aquel denuedo, desde la visión preconcebida traída de Europa por los conquistadores de este mundo que llamaron nuevo y que Hegel consideró mundo inferior, deficiente

e inmaduro. Aquellos señores no entendieron que la revolución producida por Gaspar de Francia, torvo dictador, personaje oscuro de todas las oscuridades según la visión acuñada por sus enemigos, había sido la única verdadera revolución realmente consumada en el antiguo virreinato del Río de la Plata. Y que los campesinos guaraníes, sus beneficiarios, lucharon en la guerra defendiendo lo propio, lo que por cierto no sucedió en la Argentina, como antes mencioné, ni en el Brasil de los “voluntarios de la patria”. El poder simbólico dominante poseía, y sigue poseyendo, un fundamental elemento de visión preconcebida.

Los triunfadores que escribieron la historia del Paraguay de entonces lo hicieron desde las categorías del liberalismo; esa doctrina que sirvió a los intereses y los afanes de poder de las burguesías europeas (la inglesa en primer término), acabó siendo impuesta en gran parte del planeta, y en general adaptada y adoptada por las elites locales. En la Argentina, porque traía el prestigio de sus orígenes intelectuales euro-occidentales, y porque era propagada por la más poderosa y más temida potencia de la época: la Gran Bretaña. Instrumento intelectual y producto orgánico de los pujantes grupos sociales que en Europa habían salido a conquistar el mundo para la diosa mercancía, particularmente a partir de la Revolución Industrial, nadie ignora el papel que atribuyeron a la violencia física: no fue menor el de la violencia simbólica.

Ese liberalismo constituía un gigantesco proyecto de estructuración interior y regulación de las sociedades a que estaba

dirigido, violando ídoles culturales, sociales y psicológicas, o sea poderosos patrimonios culturales y tendencias desarrolladas en historias específicas; tendencias que no necesariamente debían conducir a lo que buscaban los adalides liberales en su tarea de crear el sistema mundial. Equivocado, aberrante o decididamente contrario a la marcha de la civilización (en verdad civilización capitalista) todo proceso de desarrollo o toda realidad social que se apartara del modelo tenido como ejemplar o pareciera negarlo debía ser destruido: debía destruirse la barbarie.

En el Río de la Plata las admiraciones se dividieron entre Estados Unidos, Inglaterra y Francia. La llamada generación de 1837 leyó mucha literatura europea, y muy atentamente al Tocqueville de la *Democracia en América*, publicada originariamente en 1834. Esa intelectualidad se extasió con la lectura del joven francés que confesaba haber ido a buscar en Norte América algo más que América: buscaba la imagen de la propia democracia, no como apenas un régimen político sino como un hecho total, único y sobre todo específico de una singularidad histórica irreproducible. En cuanto a la democracia inglesa, ciertamente tan admirada por Tocqueville, para la cual la noción central era libertad, los jóvenes en el Plata y otras regiones del antiguo imperio colonial ignoraban (Tocqueville no lo explicó) que era la manifestación actualizada de un individualismo aristocrático y puritano producto de una historia también diferenciada y específica. Tampoco visualizaron la naturaleza del individualismo, producto orgánico de

una historia. Productos, unos y otros, que cuando trasplantados de su tierra nativa no dieron resultados apetecibles.

Los políticos platenses y brasileiros contemporáneos de la guerra y los historiadores que posteriormente se ocuparon del conflicto dijeron no encontrar en Paraguay la réplica del modelo propuesto por las grandes potencias, ni las formas de la libertad inglesa y norteamericana, ni nada que fuera en aquellas direcciones. En lugar de indagar los motivos de un desarrollo histórico específico, y tratar de entenderlo, simplemente se redujeron a juzgar ese país con las categorías del pensamiento y desde la institucionalidad liberal. Por lo demás si este ideario reducía al mínimo la intervención del Estado en la economía, se encontraban en el país guaraní con un Estado que absorbía las actividades más importantes de la nación, manufactureras, mercantiles, docentes y, algo que el poder simbólico detestaba y detesta, orientaciones culturales no congruentes con la suya.

Quienes pensaban las realidades de los años que precedieron al conflicto (1865-1870) no necesariamente habían advertido (a excepción de algunos cerebros lucidos) que se estaba configurando el sistema mundial, motorizado por dos o tres potencias con Gran Bretaña en primer lugar, y detrás Francia y más atrás los Estados Unidos, pese a que nadie escapaba a la sensación de que estaba ocurriendo un gran revoltijo en todos los órdenes de la vida internacional. No todos entendieron (y habló de la gente de buena fe) que sistema mundial, u organización específica y asimétrica de las relaciones entre na-

ciones, pueblos, regiones etc., equivalía a crear en el entero planeta las condiciones para acoger al capital, buscando la ganancia a través de la venta de manufacturas, los empréstitos financieros y la construcción de los ferrocarriles, el telégrafo y los puertos que el capital precisaba para desplazarse. Pero iba para más, construyendo al mismo tiempo las estructuras sociales y el poder simbólico que debía precederlo, acompañarlo y apuntalarlo.

El formidable empuje de aquella burguesía con el vigor de una adolescencia no exenta de lacras barrió el entero planeta: creó relaciones asimétricas (de dominación) a nivel de Estados, países y regiones. Nada escapó a su presencia. Todo lo que contrariara al sistema debía ser doblegado, eliminado, si necesario arrasado. Ciertas “verdades” culturales, jurídicas, institucionales, aparecieron como irrefutables, definitivas, indiscutibles. El poder simbólico de las grandes burguesías de los países centrales será instalado de manera abrumadora en las conciencias, si en los comienzos aun no de los pueblos, si en la de aquellos grupos categorizados como las clases cultas. Los países reputados de atrasados, o incivilizados o decididamente bárbaros fueron transformados en colonias: debieron ser purgados de sus males. El mundo debía ser configurado si no a imagen y semejanza de las potencias centrales (aunque las burguesías subordinadas pugnaban por asemejarse a los modelos ilustres), si estructurado para servir las, contando con clases locales subordinadas alegremente a la dominación ajena y sacando partido de ella.

El conjunto de convicciones y métodos de pensamiento nominados como poder simbólico dieron una enorme contribución. Fue ese poder el que se apoderó de multitud de intelectuales y políticos que a sabiendas o no, de hecho enajenaron su capacidad de pensar con autonomía y de elaborar sistemas conceptuales propios para pensar sus propias realidades, de las que estuvieron y siguen ausentes. Deslumbrados por las luces del progreso europeo, asumieron y desarrollaron incluso con particularidades locales el pensamiento de la dominación.

Una idea atractiva, seductora, aparentemente imbatible en su formulación abstracta, fue y continúa siendo (hoy no tanto) la idea de progreso. Aquí quiero dar la palabra a Walter Benjamín, uno de los mayores pensadores frankfortianos. Observaba Walter un cuadro de Paul Klee que se titula *Angelus Novus*. Se ve en él un ángel, decía, al parecer en el momento de alejarse de algo sobre lo cual clava la mirada. Tiene los ojos desorbitados, la boca abierta y las alas tendidas. El ángel de la historia debe tener ese aspecto, agregaba Benjamin. Su rostro está vuelto hacia el pasado. En lo que para nosotros aparece como una cadena de acontecimientos, él ve una catástrofe única, que arroja a sus pies ruina sobre ruina, amontonándolas sin cesar. El ángel quisiera detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo destruido. Pero un huracán sopla desde el paraíso y se arremolina en sus alas, y es tan fuerte que el ángel ya no puede plegarlas. Este huracán lo arrastra irresistiblemente hacia el futuro, al cual vuelve las espaldas,

mientras el cúmulo de ruinas crece ante él hasta el cielo. Este huracán es lo que nosotros llamamos progreso. En pocas y breves palabras concluimos: el llamado progreso saliendo de su abstracta belleza de diccionario y encarnado en la vida histórica, se impuso sobre los escombros de pueblos, civilizaciones, tremendas riquezas materiales e intelectuales acumuladas durante milenios e incineradas en los últimos cinco siglos.

Lo que importa enfatizar es que el poder que no amenaza, que no esgrime el palito de abollar ideologías, como lo dijo ese admirable personaje llamado Mafalda, o sea el poder simbólico, es mucho más efectivo como momento de la coerción que el poder político, porque se ejerce en las sombras del disimulo y no para de ejercerse, como lo advirtió Bourdieu años atrás. Porque si aparenta dejarnos en plena libertad de pensamiento, en tanto subjetividades que han incorporado las categorías clasificatorias del poder colonizador, el poder sabe que esa libertad es ficticia, que la autonomía de pensamiento ha sido vulnerada. Sabe que en los cerebros de millones de inocentes quien piensa, siente y percibe es él, el poder, quedando a sus portadores inconscientes la ilusión de estar pensando por sí mismos. El poder regula la memoria social: lo hace a través del poder simbólico. Los dominadores de hoy son los herederos de los que vencieron en el pasado. Walter Benjamín decía que todos aquellos que se hicieron de la victoria hasta nuestros días marchan en el cortejo triunfal de los dominadores de hoy, que avanza por encima de aquellos que hoy yacen en el suelo. Y como ha sido siem-

pre la costumbre, el botín de guerra es conducido también en el cortejo triunfal. ¿Por qué se ocultan los papeles de la guerra del Paraguay? ¿Qué hay para ocultar? Ellos lo saben, nosotros lo imaginamos.

Bibliografía

- BATESON, G. *Pasos para una ecología de la mente*. Buenos Aires: Planeta – Lohlé, 1952.
- BENJAMÍN, W. *Sobre el concepto de historia*. WWW. C: Documents%20setting.
- BOURDIEU, P. *O poder simbólico*. Rio de Janeiro: Difel, [s. d.].
- CASSIRER, E. *Esencia y efecto del concepto de símbolo*. México: FCE, 1989.
- DEBORD, G. *A sociedade do espetáculo*. Rio de Janeiro: Contraponto, 1997.
- HEGEL, G. F. *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Madrid: Revista de Occidente, 1953. tomo 1.
- MAQUIAVEL, N. *Comentarios sobre a primeira década de Tito Livio*. Brasília: Editora da Universidade de Brasília, 1979.
- PLATÓN. *La república*. Madrid: Clásicos Beggua, 1966.
- POMER, L. *Guerra del Paraguay: gran negocio*. Buenos Aires: Colihue, 2009.
- SAPIR, E. *L'influence des modèles inconscients sur le comportement social*, en el volumen *Anthropologie*. Paris: Minuit, 1971.